

## Capítulo XCVII.

### Contrariedades.

Convenidos los dos, tuvieron que aplazar la realización de sus planes porque llegó la noticia de la muerte de la reina, y con este motivo suspendió Villejo su partida á Medina del Campo.

Aguado y la gitana se trasladaron á Córdoba, desde donde podían acechar mejor la ocasión que ambicionaban.

Trascurrió bastante tiempo de desesperación para los dos amantes, y al fin y al cabo se decidió Villejo á ir á la corte, que se había trasladado á Valladolid, tanto para impetrar la licencia del rey, como para ver á Colon, de cuya enfermedad había tenido noticias alarmantes, que no había querido comunicar ni á Isabel ni á su madre.

La gitana recibió el aviso, y buscó cuatro hombres desalmados y los apostó en el camino de Córdoba á Castilla, con el objeto de que le sorprendieran cuando saliera de la ciudad.

Villejo llegó confiado, y apenas entró en Córdoba salió Aguado con dos hombres de su confianza para Baeza, resuelto aquella vez á apoderarse de Isabel y á realizar su malhadada pasión, aunque tuviera que recurrir á los más miserables extremos.

Mientras se veían amenazados de esta suerte Villejo é Isabel, Diego había podido proporcionarse una entrevista con María, y había escuchado de sus labios la revelación de que su padre quería unirla con un hombre á quien no podía amar.

En su inmenso dolor estaba resuelta la jóven á revelar al autor de sus días el sentimiento que llenaba su alma.

Si no protegía su amor, estaba decidida á entrar en un convento.

Diego, que era hombre de honor, aconsejó á la jóven que renunciase á la felicidad que habían soñado; y por su parte, sufriendo con aquel nuevo desengaño, perdió la esperanza que le había soñado de nuevo.

Si su padre no hubiera reclamado sus auxilios, hubiera buscado la muerte.

Peró el autor de sus días estaba enfermo.

Sus justas reclamaciones no eran atendidas.

Necesitaba á su hijo, y éste se resignó á vivir por él.

Pero la amargura que había en su corazón se reveló en su semblante, y el pobre anciano, que á pesar de sus achaques leía en el alma de su hijo, veía con profundo dolor las huellas del pesar que le dominaba.

No podía ser más aflictiva la situación del almirante y de todos los seres queridos de su corazón.

Sentía que su vida se apagaba por momentos, y quiso al ménos ver en torno suyo á todos los que le habían amado.

¿Iba á poder realizar sus designios?

Antes de contestar á esta pregunta debemos referir á nuestros lectores una inexperada escena, que tuvo gran trascendencia en los portentosos descubrimientos que se hicieron en el Nuevo Mundo despues de haber cerrado los ojos á la luz el inmortal Colón.

## Capítulo XCVIII.

La vida y la muerte.

Era el anochecer de un día del mes de Abril del año 1506.

Colón yacía en el lecho sin más compañía en aquellos momentos que la de su hijo Fernando.

Diego el intérprete, que al ver á su amo enfermo lo había abandonado todo por estar á su lado, entró en el aposento donde estaba el enfermo para anunciar la llegada de un caballero jóven que deseaba verle.

Apenas pronunció su nombre, dió Colón orden para que entrase al recibimiento.

Este era Hernán Cortés.

—Perdonad,—dijo con respetuoso acento,—si vengo á turbar vuestro reposo. Voy á partir de nuevo

para los países que abandonamos juntos. Antes deseo hablaros.

Fernando se alejó, y el anciano descubridor del Nuevo Mundo y el futuro conquistador del Imperio de Méjico quedaron solos.

—Tomad asiento y hablad,—dijo el anciano.

—No sé qué prestigio, qué ascendiente, qué influencia ejerceis sobre mí; pero os confieso que yo, que he desafiado todos los poderes de la tierra, que he roto todas las ligaduras que han querido ponerme, que no hallo voluntad bastante fuerte que no crea contrastar; que, en fin, hasta he logrado dominar á mi naturaleza enfermiza siempre, y hoy robusta, porque he querido que lo sea, al hallarme en vuestra presencia experimenta mi alma una emoción inexplicable. Veo en vos algo más de lo que ven los hombres. ¿Queréis que me honre, aunque no lo merezco, con el título de vuestro amigo?

—Si mi corazón no me impulsara á ofrecer os esa amistad que deseáis, las pruebas de consideración y respeto que os debo bastarían á obligarme.

—Permitidme que os hable con franqueza; no acuseis de irreverencia la lealtad que quiero demostraros.

—Hablad.

—¿Qué hay en vuestra alma que os hace superior á los demás hombres? ¿Cómo habéis podido leer en lo desconocido? ¿Cómo habéis arrancado al impenetrable Océano sus más preciosos secretos?

—¿Sois cristiano?

—Tengo una santa madre, que me ha enseñado á amar á Dios.

—Pues eso basta para que comprendais ese misterio. Dios hace de los hombres instrumentos de su voluntad. El me ha guiado á ese descubrimiento que tantas lágrimas me cuesta, que tanta amargura ha derramado en mi corazón.

—En efecto, teneis muchos y poderosos enemigos; os acusan de ambicioso.

Colón dejó ver una amarga sonrisa. —¡De ambicioso! ¿Y tienen valor para condenarme de ese modo, cuando me ven poco ménos que en la miseria, sin que mi voz, que en otro tiempo ha resonado en los alcázares, pueda llegar á oídos del soberano? ¿De ambicioso, á mí, que no sólo el provecho, sino la gloria de las empresas que he acometido, me he dejado arrebatarse por mis detractores!

Oídme, jóven: yo he pasado los mejores días de mi juventud en los terribles brazos del dolor. Sólo un consuelo eficaz he encontrado para mis penas: la religión. Siempre he visto en los hombres hermanos míos; siempre he creído que no era posible la dicha ni el consuelo sin la fé cristiana. ¿Creis que es la ambición, la sed de oro la que me ha llevado en alas de los vientos, bajo la influencia de las tempestades, á remotos países? Ese deseo he tenido que manifestar á los reyes, á los cortesanos, á los marineros, á los soldados que me han acompañado, porque eran incapaces de sentir lo que yo sentía.

Pero me encuentro al borde del sepulcro; sois jó-

ven, y es posible que mis palabras se graben en vuestro corazón.

Colon hizo un momento de pausa.

Después prosiguió:

—Yo he perdido en lo mejor de mi vida, en la edad de las ilusiones y las esperanzas, las afecciones más intensas de mi corazón. Apartando los ojos del mundo, los alcé al cielo y concebí el proyecto de descubrir un Nuevo Mundo lleno de riquezas, sí, pero no para aprovecharlas, sino para poder derramar la luz del Evangelio en las regiones que descubriese, para poder emplear las riquezas que hallase en su seno enviar una nueva cruzada que arrebatase de manos de los fieles los Sagrados Lugares.

Ved cuál ha sido el objeto de todas mis empresas. ¿Y qué he logrado? Que la envidia esgrima sus armas contra mí; que desoyendo mis consejos, hayan llevado mis mismos agentes la desolación y el luto en aquellas vírgenes regiones; y en vez de sembrar la fé cristiana en el corazón de los indios, hayan despertado un odio terrible, que ha menoscabado á su vista el fin santo de mi único deseo. Mis ojos se cerrarán á la luz muy pronto, y probablemente no quedará ni aun memoria de mí.

—No me habia engañado,—exclamó Hernan Cortés.—Os he comprendido desde luego, os he visto en mi alma tal cual sois.

Pobre, casi abandonado de mi familia, arrojado de su seno por inútil, he ido á las Indias protegido por vuestros enemigos. Desde el primer momento

senti hácia vos una veneración, un afecto que no se borrará nunca de mi alma. Yo no aspiraba más que á encontrar la muerte en una pendencia, y al veros se ha despertado en mí un deseo grande, inmenso, infinito; una sed de gloria que no se extinguirá más que con la vida.

Ahora voy á partir; voy á volver de nuevo á aquellas regiones en donde la maldad parece haber establecido su morada. Guiado por la santa fé cristiana, por esa fé que en este instante acabais de arraigar en mí, voy á buscar nuevas regiones, voy á luchar por la patria y por la religion, voy a dar á mi alma lo que necesita, lo que habeis alcanzado, lo que los hombres no podrán arrebatáros nunca, lo que eternizará la fama: un nombre que pueda figurar al lado del vuestro, una gloria que ilumine el mismo suelo que ilumina la vuestra.

Soy ambicioso, sueño, deliro tal vez. . . Dejadme estrechar vuestra mano, y esto me basta. A nadie he descubierto mis pensamientos más que á vos. Ocultadlos siempre. ¡Que os acompañen al sepulcro, si Dios os llama á su seno! En todos mis actos me acordaré de vos... Vuestra mano, dadme vuestra bendición. En breve voy á partir para embarcarme en Cádiz. Adios para siempre.

—¡Qué la Providencia os proteja,—exclamó el anciano con lágrimas en los ojos.

Hernan Cortés dobló la rodilla, y besó la mano de Colon.

El jóven se separó del anciano.

En la habitacion próxima halló á Fernando y á Diego.

Los dos aguardaban con impaciencia á que saliese el forastero para entrar á ver á su padre.

Le habian dejado solo con Hernan Cortés, y temian que aquella prolongada conversacion empeorase el estado del pobre enfermo.

Ya iban á entrar, cuando salió Hernan Cortés.

—Permitidme,—les dijo,—que os dé el nombre de hermanos. Debo el sér á mi padre; pero hoy he reconocido que la nueva vida que siento en mí la debo al vuestro.

Los jóvenes se sorprendieron de aquel lenguaje.

—¿Qué decís?—preguntó Diego.

—Digo, que si realizo los proyectos que he concebido, que si algun dia alcanzo gloria y fortuna, todo lo deberé á vuestro padre.

Diego y Fernando estrecharon su mano con efusion.

En el momento en que iban á despedirle, entró Bartolomé Colon.

Sin reparar en que habia una persona extraña:

—Ocurre una gran desventura,—dijo.

—¿Cuál?

—Villejo ha sido sorprendido al salir de Córdoba por cuatro hombres que le han aprisionado, y al mismo tiempo ha sido presa una gitana complicada en este atentado, la cual, al verse en el potro, ha hecho una declaracion horrible: los cuatro hombres debian asesinar á Villejo, y Aguado, el infame Aguado, de-

bia ir á Baeza á apoderarse de Isabel. Es necesario que partamos, por si aun es tiempo de salvarlos.

—¡Y mi pobre padre, que anhelaba en los últimos momentos ver cerca de sí á todas las personas queridas de su corazon!—dijo Fernando.

—Que ignore lo que pasa,—añadió Diego.

—No,—dijo Fernando;—es necesario que lo sepa. Nos culparia de ingratitud, y yo deseo que en los últimos momentos nos bendiga.

Hernan Cortés habia desaparecido sin que se percibieran de ello los hijos de Colon.

Bartolomé se dispuso á ir á Córdoba para enterarse de lo que pasaba.

Pero tuvo que detener el viaje.

Un ataque de gota hizo creer á todos que se aproximaba el fin del pobre enfermo.